

La hora más oscura

Toda mi vida he escuchado que la muerte de Cristo fue el punto central de la historia. Las Escrituras lo confirman, ¿no es cierto? Pablo dice: «Lejos esté de mí gloriarme en cosa alguna sino en la cruz de mi Señor Jesucristo» (Gálatas 6:14) y «Porque la palabra de la cruz es locura para los que se pierden, pero para los que se salvan, es el mismo poder de Dios» (1 Corintios 1:18).

Cantamos muchas canciones hermosas sobre la cruz.

Y amo esa vieja cruz donde
fue asesinado el más
querido y mejor por un
mundo de pecadores
perdidos

Así que apreciaré la vieja y robusta cruz

Hasta que por fin deje mis trofeos;
Me
aferrar
é a la
vieja y
áspera
cruz, Y
cambia
rlo
algún
día por
una
corona.

Otra canción dice: «Nada traigo en mis manos, solo a tu cruz me aferro». Esa vieja y tosca cruz fue erigida en una colina llamada «Calvario», un lugar tan conocido por su hedor a muerte que tenía otro nombre. Lo llamaban Gólgota, el lugar de la calavera.

Tras un juicio simulado, ante el sumo sacerdote judío, Jesús fue llevado injustamente ante un cobarde gobernador romano llamado Poncio Pilato. Con miedo y temblor, abdicó de su responsabilidad y entregó al hombre para que fuera crucificado, mientras se lavaba las manos ceremonialmente. Golpeado y azotado, Jesús subió penosamente la colina con una túnica púrpura burlona y una corona de espinas. Fue a las 9:00 a. m. de un viernes cuando lo clavaron en la cruz. Durante tres horas escuchó las burlas y los abucheos de la multitud. "¡Rey de los judíos, ja! Salvó a otros, no puede salvarse a sí mismo. Si eres hijo de Dios, baja de esa cruz".

Al mediodía, algo extraño comenzó a suceder. Una oscuridad inquietante que rápidamente se convirtió en una negrura total se extendió por el cielo. Fue como si alguien hubiera cerrado la puerta, apagado las luces y dicho: «Están perdiendo la luz del mundo». La oscuridad se intensificó durante tres horas y un silencio aterrador invadió toda la colina. «A la hora sexta» (es decir, al mediodía), «hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena» (es decir, las 3:00 p. m.). «Y a la hora novena, Jesús clamó a gran voz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»» (Marcos 15:33).

Me parece interesante que la palabra "gritó" en griego se pueda traducir como "rugido". Era la misma palabra que se usaba para el rugido de un león. Rugió desde la cruz: "¡Eloi, Eloi!". Muchos no entendieron lo que decía. El siguiente versículo decía: "¿Por qué

llama a Elías?". No, no dijo "Eli, Eli", sino "Eloi, Eloi" (Dios mío, Dios mío), "lama sabactani" (¿por qué me has abandonado?).

De las siete declaraciones que Jesús hizo en la cruz, esta es la más crucial. Casi esperaríamos que dijera lo demás, ¿no? Pero si conociéramos la vida de Jesús, casi esperaríamos que dijera: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». No nos sorprende que mirara a un cayado crucificado y dijera: «Hoy, por tu fe, estarás conmigo en el paraíso». Y ciertamente no nos sorprende que mirara a su madre, le hiciera una seña a Juan y dijera: «Ahí tienes a tu hijo, e hijo, ahí tienes a tu madre». Todas esas cosas saldrían de los labios de Jesús con naturalidad.

Pero esto era diferente. Colgado allí, mirando a sus albaceas. Claro, era magnánimo, claro que era compasivo. Era un grito, un grito desesperado. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Al pie de la cruz no lo entendieron, y mucha gente sigue sin entenderlo hoy. ¿Qué estaba diciendo?

1. Un grito de tristeza ¿Sabes qué representó esa oscuridad que se extendió por la tierra durante tres horas? En las Escrituras, la oscuridad siempre simboliza el mal. «La luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (Juan 3:19). El reino de Satanás se llama reino de tinieblas (Colosenses 1:13). En contraste, en docenas de escrituras, la luz se refleja con la presencia y la gloria de Dios. La ausencia de luz en ese día significa la ausencia de Dios. Cuando Dios, el Padre, le dio la espalda, fue como si estuviera atrayendo la atención del mundo hacia algo que él mismo no soportaba ver.

Ya saben que nos centramos en el clamor de Jesús, pero a menudo me he preguntado qué sentía el padre mientras la oscuridad se extendía y el clamor se elevaba, y oía las palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Fue un clamor terrible y triste.

2. Un grito de separación Vayamos directo al grano. ¿Qué quiso decir Jesús? «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Eso está registrado en el Salmo 22:1. Algunos eruditos han dicho: «Oh, Dios estaba allí; Jesús simplemente estaba cumpliendo la profecía citando las Escrituras». No, es mucho más que eso.

Es interesante que el verbo usado allí sea exactamente el mismo que Pablo usó en 2 Timoteo 4:10 cuando escribía sobre un antiguo camarada llamado Demas. «Demas me ha abandonado, habiendo amado demasiado este mundo». La palabra significa «abandonar». Significa irse, huir de. Jesús clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué has huido de mí? ¿Por qué me has dejado aquí? Por primera vez en la eternidad, ocurrió lo más inimaginable que puedas comprender. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la única Deidad eterna, se dividió. La Deidad está desunida porque Jesús fue separado del Padre. Nunca antes había sucedido y nunca volverá a suceder.

¿Por qué abandonaría Dios a Jesús en cualquier momento, y mucho menos ahora mismo? ¿Qué hizo mal Jesús? La respuesta es: nada. Absolutamente nada. Verán, no es lo que hizo lo que estuvo mal. Fue lo que estuvo dispuesto a hacer por nuestros errores. Uno de los grandes versículos de las Escrituras que explica este clamor es: «Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que muramos a los pecados y vivamos a la justicia; por sus heridas ustedes han sido sanados». Vean dónde dice la primera

parte del versículo: «Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero» (1 Pedro 2:24). Verán, es como si todos los pecados de la humanidad se hubieran reunido en un enorme, apestoso y sucio montón de aguas residuales, arrojado sobre Jesucristo mientras colgaba de esa cruz. De una manera que ni siquiera podemos fingir comprender, todos los pecados del mundo fueron puestos en la cruz de Jesús. «Al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado» (2 Corintios 5:21).

"La paga del pecado es muerte." (Romanos 6:23). La palabra "muerte" en griego no significa terminación, sino separación. Por eso la usamos en diversos contextos. Cuando uno muere físicamente, no solo termina ni deja de existir, pues su espíritu se separa de su morada terrenal. Eso es todo lo que significa la muerte: una separación. La muerte de la que habla Romanos 6:23 como compensación por nuestros pecados no es una muerte física, ni la separación del alma del cuerpo; es una separación de Dios. Eso es aterrador, es eterno.

¿Recuerdan la parábola del hijo pródigo? Cuando ese hijo pródigo estaba sumido en su pecado, ¿dónde estaba? Estaba separado de su padre, ¿no? Estaba lejos, en una tierra extranjera, sumido en su pecado. Cuando el muchacho regresó a casa, el padre se volvió hacia el otro hijo y le dijo: «Tu hermano estaba muerto, pero ha vuelto a la vida». ¿Qué quiere decir con que estaba muerto? No estaba muerto. Sí, lo estaba. Estaba separado del amor de su padre, y ese padre debió preguntarse a veces si alguna vez volvería a casa. El Hijo de Dios, a quien llamamos Jesús, fue separado de su Padre no por su propio pecado, pues no tenía ninguno, sino porque cargó con todos los nuestros.

El mejor comentario y la mejor imagen de la cruz, y en particular este clamor: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Levítico 16). Dado que el Antiguo Testamento es un ejemplo para comprender el Nuevo Testamento, Levítico 16 debería ayudarnos a comprender este clamor desde la cruz. Los israelitas ofrecían tres sacrificios con dos machos cabríos y un toro. Primero, se ofrecía el toro por los pecados de Aarón para que intercediera por el pueblo. Luego, se ofrecía un macho cabrío sacrificado por los pecados del pueblo. Un segundo macho cabrío, el tercer animal, era llevado ante el pueblo. Cuando Aarón haya terminado de hacer expiación por el Lugar Santísimo, la Tienda de Reunión y el altar, presentará el macho cabrío vivo. Pondrá ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesará sobre él toda la maldad y rebelión de los israelitas —todos sus pecados—, poniéndolos sobre la cabeza del macho cabrío. Enviará el macho cabrío al desierto al cuidado de un hombre designado para ello. El macho cabrío llevará sobre sí todos sus pecados a un lugar solitario; y el hombre lo soltará en el desierto. (Levítico 16:20-22)

¿Se hacen una idea? Se traía un chivo, y Aarón ponía sus manos sobre su cabeza. Decía: «Todos nuestros pecados los ponemos sobre la cabeza de este chivo». Toda la lujuria, todos los adulterios, todas las mentiras, todos los robos, todos los chismes, todo el odio y cualquier otro pecado se colocaba simbólicamente sobre el chivo. Un hombre lo guiaba hasta que se adentraba tanto en el desierto que jamás podría regresar al campamento. Ese hombre tomaba su zapato o sandalia, pateaba al chivo y decía: «Sal de aquí, vete, desaparece». ¿Se dan cuenta de que la palabra «chivo expiatorio» proviene de ese mismo pasaje? ¿Echarle toda la culpa, todos los pecados, a un tercero? Sin duda, parece una tradición absurda. ¿Por qué lo hacen? Durante 1500 años, los israelitas obedecieron ese mandato. Enviaron a ese chivo expiatorio al desierto, lo que simbolizaba la desaparición del pecado.

Durante seis largas horas, Jesús estuvo colgado en una cruz, y debieron parecerle seis milenios. Como la cabra abandonada en el desierto, él quedó solo. Gritó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

3. Un clamor de sustitución. «Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que muramos a los pecados y vivamos a la justicia; por sus heridas fuisteis sanados.» (1 Pedro 2:24). «Por sus heridas fuisteis sanados.» «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que en él fuéramos hechos justicia de Dios.» (2 Corintios 5:21). ¿Ves la sustitución?

Es increíble. De alguna manera, Dios tomó a quienes eran inmaculados, santos, inmaculados y puros, y los convirtió en inmundos como aguas residuales. De alguna manera, cuando me acerco a Cristo con humildad, obediencia y fe, Dios me transfiere la belleza, la pureza y la gracia de Jesucristo. Ese es el pensamiento más poderoso, increíble e incomprensible que un ser humano puede soportar: la justicia de Jesús transferida al hombre pecador. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Podría considerarse un grito de sustitución.

Si Jesús no hubiera intercedido, si todo hubiera seguido su curso natural, ese es el clamor que tú y yo estaríamos ofreciendo al morir y en el Juicio. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Pero Jesús dijo esas palabras para que yo no tuviera que hacerlo, para que tú no tuvieras que hacerlo.

Probablemente hayan oído la historia antes o incluso hayan visto al hombre en el Today Show hace unos ocho años. Pero para mí, probablemente fue la mejor ilustración de esta idea del grito de sustitución. Una mañana temprano, vi por casualidad a un hombre llamado Francesca Geraszchnevik entrevistado en el Today Show. Lo entrevistaron porque era un sobreviviente de Auschwitz, el terrible campo de concentración que se encontraba en pleno Holocausto. Pero Geraszchnevik tenía una historia particularmente interesante: contaba sobre una fuga en julio de 1941 en Auschwitz. Y siempre que ocurría, el comandante de ese campo de concentración siempre hacía lo mismo. Para desalentar futuras fugas, reunía a todos los internos y prisioneros en el patio y sacaban al azar diez nombres. A esos diez los metían en una fosa abierta, que se tapaba. Allí los dejaban hasta que morían de hambre o se deshidrataban. Y todos los veían morir a diario. Empezaron a llamar a los diez nombres, y el décimo fue Francesca Geraszchnevik. Geraszchnevik dijo: «Caí de rodillas y empecé a llorar desconsoladamente. Supliqué». Dijo: «Tengo esposa, tengo hijos, por favor, por favor, no me hagan esto». Y de repente, de la nada, apareció un hombre llamado Maximilian Cole. Cole ni siquiera era judío. Estuvo en ese campo de concentración como simpatizante. Cole había llegado en febrero del 41, esto era julio, y ya se había ganado el apodo de «El Ángel de Auschwitz», porque compartía su comida, cuidaba a los enfermos e intentaba animar a los oprimidos. Habló y dijo: «Comandante, ¿puedo decir unas palabras?». Fue sorprendente que no le dispararan en el acto. Pero por razones que nunca sabremos, el comandante se volvió hacia Cole y le dijo: «Sí, puede». Dijo: "¿Puedo ocupar su lugar? Soy mayor, no me sacarán tanto provecho". Bueno, la mentalidad nazi lo entendió y lo permitió. Y Maximilian Cole fue arrojado a esa fosa con los otros nueve. Seis semanas después, el 14 de agosto, era el único que quedaba con vida. En lugar de dejarlo morir de hambre, le inyectaron fenol y murió.

No sé si Geraszchnevik sigue vivo, pero lo estuvo hace ocho años. Y cuando lo entrevistaron, comentó: «No tuve oportunidad de decirle una palabra, pero lo miré a los ojos mientras se lo llevaban. Y él sabía lo agradecido que estoy». Cada 14 de agosto, Geraszchnevik regresa a Auschwitz como memorial. Y en su patio trasero hay una placa de metal que él mismo hizo, y todos los días expresa su gratitud a un hombre llamado Maximilian Cole.

Tenemos muy poco en común con Francesca Geraszchnevik. No hablamos el mismo idioma, no conocemos a la misma gente. Ni siquiera compartimos la misma patria. Pero tenemos un par de cosas muy en común con él. Alguien murió para salvarnos la vida y ambos vivimos el resto de nuestras vidas en absoluta gratitud. Eso es lo que todos los cristianos tenemos en común con Geraszchnevik, aunque el de Geraszchnevik es físico y el nuestro es espiritual.

Se burlaron mucho de Jesús y lo insultaron. Había una de ellas que tenía razón. Sí, había una que tenía razón. Decían: «A otros salvó, pero a sí mismo no puede salvarse». Era cierto. Ah, sí, pudo haberse salvado a sí mismo (Mateo 26:53). Durante varias horas le dijo a Pedro: «¿No sabes que puedo hacer descender doce legiones de ángeles?». Pudo haberse salvado a sí mismo, pero no pudo hacer que esa afirmación fuera cierta. Salvó a otros, pero no pudo salvarse a sí mismo. Si iba a salvar a otros, no podía salvarse a sí mismo. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», fue el grito de la sustitución. Sublime Gracia, Lección n.º 1254, Steve Flatt, 17 de marzo de 1996.